

# INFORMACIONES Y NOTICIAS TEATRALES Y CINEMATOGRAFICAS

En el Infanta Beatriz se estrenó con éxito "La señora, sus ángeles y el diablo", de Ruiz Iriarte

Anoche se estrenó en el Infanta Beatriz la obra de Victor Ruiz Iriarte, *La señora, sus ángeles y el diablo*. El prólogo y los tres actos fueron acogidos con el interés y con las sonrisas del auditorio, que a p'la tudió mucho al fin de cada jornada, mientras el telón se alzaba reiteradamente y el autor salía a saludar en unión de los intérpretes.

María Bassó logró una gran creación cómica en el personaje a ella encomendado, lo mismo que Nicolás Navarro. Y María Esperanza Navarro dió a su papel tanta gracia como impetu y nervio. Con las primeras figuras de la compañía compartieron el triunfo Paquita Ferrándiz, Pedro Gil, Rosario Molina, José Granjá, y los señores Blanch, Larra, Escamilla, Ayllés y Gaborino.



María Bassó, Esperanza Navarro y Nicolás Navarro

Al hacer la auto-crítica de "La señora, sus ángeles y el diablo", Victor Ruiz Iriarte—uno de los escritores jóvenes que mejores dotes posee y más promesas ofrece para nuestro teatro—ha reconocido en su obra aires de farsa, algo de pirueta y bastante desenfado en el diálogo y en el lance, así como un poco de romanticismo en el fondo risueño y optimista... Farsa, pirueta, desenfado... Creemos de veras que en esos tres conceptos reside el juicio más homeopático, pero también más exacto de esta pieza altamente alegre y ligeramente sentimental. Farsa, sí, porque las medidas de la normalidad, de la verosimilitud, de la ponderación o del equilibrio que nos dan la norma de la comedia no son aplicables a "La señora, sus ángeles y el diablo". Pasado el prólogo—delicioso prólogo, cortado con tres interrupciones oportunas que inyectan acción—, nada de cuanto sucede en la comedia es aceptable o admisible, sino a título poético, fantástico y humorístico. Por muy enamoradizas e imaginativas que sean la tía y la sobrina, que asumen los papeles principales, ni una ni otra admitirían la actitud de los criados o de los músicos que con ellas dialogan en postura apasionada y pasional, desde que se levanta hasta que cae el telón. Pero puesto que el autor reconoce la pirueta y el desenfado que supone su obra, nosotros no vamos a incurrir en la puerilidad de "descubrirlo" y menos en la de rechazarlo. Es libre de inventar y manejar figuras de ficción caprichosas y arbitrarias con tal de que estén dotadas, ya que no de vida humana y real, de poesía y de humor. Y eso es innegable que existe en "La señora, sus ángeles y el diablo".

Victor Ruiz Iriarte tiene temperamento, cultura, sensibilidad literaria. Eso quiere decir que cuanto escribe—sea o no trascendente—lleva la huella de un verdadero, de un auténtico escritor. En todas las comedias que ha escrito, y en la estrenada anoche también, se advierte un signo común: defender la intangibilidad de los sueños, reivindicar por encima de todo el derecho, a la fantasía, la facultad romántica de inventar ficciones más bellas que los triviales y chabacanos temas de cada día, que los motivos cotidianos y vulgares. Los símbolos rondan a "La señora, sus ángeles y el diablo", aunque sea ésta una farsa ligera y amable, sin grandes pretensiones ni ambiciosos propósitos. Abundan en la obra las frases ingeniosas, las ironías de buena ley, los garbosos donaires. Y el asunto es divertido, el desenlace valiente, poético y original; el movimiento escénico, sencillo y limpio, y el diálogo, vivo y jugoso. Después de reconocer porque es de justicia estas virtudes en la jugilosa y entretenida farsa de Victor Ruiz Iriarte, esperamos con fe sus nuevas obras, dode, de seguro, aspirará a conseguir más difíciles logros.—Alfredo MARQUERIE.